

UNA PARTIDA DE AJEDREZ

Leyenda dramática en un acto

DE

Giuseppe Giacosa

PUESTA EN VERSO CASTELLANO

POR

FRANCISCO VILLAESPESA



Madrid.
1917

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE No. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE No. 1625 MONTERREY, MEXICO

PERSONAJES

YOLANDA.

RENATO.

OLIVIERO, conde de Fombrone.

FERNANDO, su paje.

UN SIERVO.

PAJES Y SIERVOS.

La acción en el castillo de Renato, en el valle de
Aosta. Epoca: Siglo xiv.

ACTO ÚNICO

Una sala en el castillo de Renato, con las paredes cubiertas de tapices, y el techo de madera artesonada.

A la derecha, una amplia chimenea, en cuyo frontispicio aparecen pintadas las armas de la casa.

Frente a la chimenea, a la izquierda, una gran ventana, con vidrieras emplomadas. En un ángulo de la estancia, junto a la chimenea, se abren dos puertas gemelas: una conduce a las habitaciones interiores, y la otra a la escalera. Escabeles, sillones de alto respaldo, cubiertos con cojines blasonados. Doseles de seda. Bancos y arcones de madera tallada. En el primer término de la izquierda, una mesa con un juego de ajedrez.

ESCENA PRIMERA

YOLANDA Y RENATO

Al alzarse el telón, aparecen YOLANDA y RENATO junto al ventanal, contemplando el paisaje agreste que entenebrece la tempestad. Por la vidriera penetra débilmente una luz fría y gris, que se desvanece en el resplandor rojizo de la chimenea. Durante la escena, los siervos entran con dos candelabros de hierro de cuatro mecheros, que colocan sobre la mesa.

YOLANDA

El tiempo no despeja... ¡Ve, padre, cómo llueve!

RENATO

¡Hoy es lluvia, Yolanda; mañana será nieve...!

¡Ya en la helada caricia del aire la presiento...!
Amaneció nevada la cumbre...

YOLANDA

¡Ruge el viento!

Pequeña pausa, durante la cual los dos parecen interrogar al tiempo, asomados al ventanal.

RENATO

¿Qué hora será?

YOLANDA

Las siete...

RENATO

¡Y casi es noche oscura!

Acariciando lentamente los cabellos filiales.

¡Pobre hija...! Tu suerte es demasiado dura...
¡Vivir siempre cautiva, con tu viejo guardián,
en este valle tétrico donde aulla el huracán...!

Mirando el paisaje.

¡Cómo crujen los árboles...! ¡Cuántos vendrán
al suelo!

YOLANDA

Después, en los hogares, se elevarán al cielo,
en plegarias de humo...

Se retiran del ventanal y
se acercan a la chimenea.

¡Mira, padre, qué bella,
sobre el oscuro tronco que empieza a arder,
destella
a los primeros besos del fuego que la inflama,
la azul y palpitante castidad de la llama...!
¡Oh, sí...! ¡Los buenos árboles...! ¡Al arder, sobre
el lar,
los miro con cariño, los oigo suspirar

con frágiles suspiros, y pienso en la floresta
donde alzarón un día, orgullosos, su testa!
¡Con cuántas avalanchas, hirsutos, han luchado...!
¡Cuántas veces la nieve los habrá amortajado...!
¡Ya nunca ha de vestirlos su blancura...!

RENATO

Estremeciéndose.

¡Hace frío!

YOLANDA

Empujándole cariñosamen-
te hacia el hogar.

¡Caliéntate al rescoldo del hogar, padre mío...!
Caballerescas gestas nárrame junto a él...

Como recordando de pronto.

¡Aquella bella fábula de Haroldo y su corcel...!
Vendrán los escuderos a hacernos compañía...

RENATO

Deteniéndola por una mano
cuando se dispone a llamar, y
sentándose luego, bajo la
campana de la chimenea, a
contemplar el juego purpúreo
y azul de las llamas.

¡No llares a ninguno! ¡Tan sólo a ti, hija mía,
quiero ver a mi lado...!

La estrecha dulcemente en-
tre sus brazos, como a una
niña curiosa a quien se la va
a narrar las maravillas de un
cuento de hadas.

¡Mi voz sabrá encontrar
el camino más corto para poder llegar
a tu alma...! ¡Tú eres el único consuelo
que aquí, sobre la tierra, me ha deparado el cielo...!
¡Mi único amor...! Lo sabes...

La acaricia paternalmente
las mejillas.

¡Si te miro a mi flanco,
olvido estas arrugas y este cabello blanco!

La besa. Pequeña pausa. Se
oye el rugir del viento y el
crepitar de los troncos del
lar.

¡A tu lado soy joven; sin ti, me encuentro
anciano...!

¡Una vez pedí al cielo que te diese un hermano,
que, como tú, fundiese nobleza y hermosura,
para que transmitiera, tan intacta y tan pura
como yo de mis padres la recibí, al ser hombre,
a sus hijos futuros, la gloria de mi nombre...!
Mas Dios no quiso oirme... ¡Sabia es la ley
de Dios...!

En mi pecho, Yolanda, no hay lugar para dos...
¡Y al pensar hoy en ello, me siento atormentado
por la parte de afecto que él te hubiese robado...
Ven y siéntate...

La atrae y la sienta a su
lado.

Eres hermosa, buena y casta...
Tu nombre es más valioso que una corona...

Acariciándole las manos,
en voz baja y dulce, mirán-
dose en el fondo de sus ojos.

¡Basta...!

Tendrás castillos, feudos y bosques y jardines;
serás dueña y señora de mis vastos confines...
Mas...

YOLANDA

Interrumpiéndole cariñosa-
mente con la voz velada y las
mejillas encendidas de rubor.

¿Quieres que prosiga...? Sin terminar de oír,
he adivinado todo cuanto ibas a decir...

RENATO

Sonriente.

¿Qué es ello?

YOLANDA

Más ruborosa aún.

A vuestra hija le hace falta un esposo...

RENATO

¡Es cierto...! ¡Un caballero bizarro y generoso
que, al hecerte dichosa, también feliz me haga...!

Con el acento un poco triste.

Ya estoy cerca del término: ¡mi débil luz
se apaga...!

YOLANDA

Abrazándole, en un arran-
que de amor filial.

¡No temas que los años de mis brazos te roben...!
¡Con las nuevas violetas, tornarás a ser joven...!

RENATO

¡Y luego, este castillo...! ¡Tanto salón vacío,

sin luz y sin canciones, me estremecen de frío...!
En estas vigas viejas de robles y de encinas
hay lugar para nidos... ¡pero no hay golondrinas...!
Me hacen falta las claras risas de un rapazuelo...
Se es padre, en la esperanza de ser después
abuelo...

Necesito alegría e infantiles cariños...
¡Los viejos con los niños, volvemos a ser niños...!

YOLANDA

Con celosa ternura.

¡Quiero ser sola a amarte...!

RENATO

Mas ¿por qué...?

YOLANDA

¡Porque sí!

RENATO

¡Ni a tus hijos querría como te quiero a ti...!

Pequeña pausa.

Ya tienes veinte años. ¡Estás en esa edad en que las alas presas reclaman libertad...! En los cielos, a veces clavas tu pensamiento, y no es en mí en quien piensas, hija, en ese

momento!

¡Eres mujer, y sola! ¡Yo, viejo paladín, estoy inútil para defender tu jardín...! Después, en este valle oscuro, hay demasiada soledad para un alma tan joven... Tu mirada no vió los amplios cielos sobre el extenso llano, ni el arco del purpúreo horizonte lejano...! Hay países de flores perpetuas y suaves céfiros... Mis castillos son lóbregos y graves... ¡La ilusión de los cielos está entre montes presa...! ¡Esta negra montaña más que los años, pesa! Se envejece aquí, antes de tiempo, si el amor no escancia en nuestras copas su divino licor... Yo soy viejo... ¡Tú misma defenderás tu empresa...!

YOLANDA

Sonriendo.

¡Pues fundaré un convento para hacerme abadesa!

RENATO

¿Te estás burlando...?

YOLANDA

Con cierta gravedad ingenua.

En serio vamos a hablar los dos.

Pequeña pausa. Se inclina hacia su padre y le habla casi al oído.

Cuando me quedo a solas con mi conciencia y Dios, también sueño los goces del amor, y me siento exánime en un vago y dulce arrobamiento. Me parece que cruza, por encanto, un caudillo

bello y joven, la puente de este viejo castillo;
y a mi oído suspira amorosos cantares
más fecundos y ardientes que los rayos solares;
y me miro en sus ojos que difunden un fuego
divino... Y, poco a poco, me duermo... ¡Y cuando
luego
despierto, ya no escucho sonar en el castillo
las espuelas de oro del gallardo caudillo!

Queda un momento inmóvil,
con el rostro entre las manos,
como si quisiera retener con ellas,
en sus ojos,
el encanto que se disipa.

RENATO

Al buen marqués de Andrate rechazaste... Y era
excelente partido...

YOLANDA

Interrumpiéndole con una
sonrisa.

¡Si tan viejo no fuera...!

RENATO

El duque de Rosalba es fuerte y joven... Creo
que la alianza es buena...

YOLANDA

Sin poder contener la risa.

Mas, ¡por Dios, es tan feo!

RENATO

¡Sólo del alma impera la belleza triunfante...!

YOLANDA

El alma es invisible... Sólo se ve el semblante...
Si en mi rostro no hubiera un poco de hermosura,
aunque tuviese el alma más hermosa y más pura
del mundo, nadie habría tan santo que olvidara
por pensar en mi alma, la fealdad de mi cara...!

RENATO

¿Y aquí sola, tu vida va a extinguirse tal vez, entre el huso y la rueca y el juego de ajedrez...?

YOLANDA

Sonriendo, queriendo variar el tema de la conversación.

¡Oh, el ajedrez...! Ahora me vienes a acordar que te debo un desquite...

RENATO

No, déjame acabar...

A jugar no me atrevo contigo... No soy diestro...
¡En esto la discípula, ya aventaja al maestro...!
¡Añadir bien podría tu pericia al jugar,
un nuevo timbre a nuestro escudo familiar...!
Mas, el duque Rosalba...

YOLANDA

Un poco contrariada

¿Vuelves a tu porfía?

Pequeña pausa. Aproximándosele de nuevo, como para convencerle.

Si yo mal no recuerdo me prometiste un día libertad absoluta para entregar mi mano aquel a quien quisiese...

RENATO

¡Y no prometí en vano...!

¡Mantengo mi promesa...! Contra el uso corriente entre nobles señores, yo, que a Dios solamente hago juez de mis actos, dejé a tu corazón libre para elegir... Pues sé que tu elección será el más fiel pronóstico y el arra más segura de un hombre sin mancillas y un alma sin pavora...!

Mas, ¿por qué entre los nobles que en mi Corte reuno,
tu corazón, Yolanda, no ha elegido a ninguno?
¿Amarás en secreto...?

YOLANDA

¡No, padre...!

RENATO

¡Así lo creo...!

El cristal de tus ojos aún no empañó el deseo...
¡Y tú mentir no sabes!

YOLANDA

Con sumisión.

¡Quiero verte dichoso...!

¡Aquel que tú prefieras, ese será mi esposo...!
¡Te devuelvo la noble libertad que me diste...
y esperaré mi suerte...!

RENATO

Conmovido, besándola.

¡Gracias, hija...!

Resuena el esquilón del
castillo.

YOLANDA

¿No oíste?

¡La campana de alarma del castillo ha sonado!

Mirando desde la ventana.

Se alzaron las cadenas del puente...

RENATO

Habrà llegado
a rendirme homenaje, alguno de mis fieles
vasallos...

YOLANDA

¡En el patio entran cuatro corceles...!

Pequeña pausa. Cesa de sonar la campana. En la puerta aparece un siervo que se inclina respetuosamente. RENATO y YOLANDA se vuelven.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, un SIERVO, y después OLIVIERO, conde de Fombrone, y FERNANDO, su paje.

EL SIERVO

Inclinándose desde el umbral.

El conde de Fombrone, permiso solicita para entrar...

RENATO

Sin poder contener la intensa alegría que le produce la noticia.

¡Oliviero...! ¡Qué agradable visita!

Volviéndose al Siervo.

¡Que pase...! ¡Recíbidle con el más alto honor,
porque él, es en mis tierras, más que huésped,
señor!

El Siervo se inclina y desaparece. Un momento después aparecen en los umbrales, rodeados de pajes y escuderos con antorchas, Oliviero y Fernando.

RENATO

Corriendo a abrazar a su
amigo.

¡Bien venido, Oliviero! ¡Tu presencia es en esta
morada, que ya es tuya, como un día de fiesta!

OLIVIERO

Después de abrazarle.

¡Y para mí, estrecharte en mis brazos, ha sido
la mayor alegría que hace tiempo he sentido!

RENATO

Volviéndose y presentán-
dole a Yolanda.

Conde, mi hija Yolanda...

Oliviero se inclina cortés-
mente.

OLIVIERO

Contemplando al padre y a
la hija.

¡Dios liga opuestas cosas:
al rigor de la nieve la beldad de las rosas...!

RENATO

Con entusiasmo, a su hija.

Tú conoces su nombre. Combatimos unidos
cuando eran nuestros brazos ágiles y fornidos.
Juntos atravesamos montañas y llanuras,
y al estruendo sonoro de nuestras armaduras
en burgos y castillos tocaban a rebato...
¡Pregúntale al vencido señor de Monferrato...!

OLIVIERO

Presentando a su paje.

Mi buen paje Fernando...

RENATO

Después de haber contem-
plado atentamente al joven,
respondiendo con un movi-
miento de cabeza a su grave
inclinación, y volviéndose a
Fombrone.

¡En su faz se revela
que ha crecido a tu lado...! Si ha seguido
tu escuela

será sobrio de lengua y ligero de manos...

Los siervos, a una señal de
Renato, se inclinan y desapa-
recen. Después se vuelve a
Fombrone.

¡Sentémonos, y hablemos de los días lejanos...!

Se sientan junto al fuego.

La juventud gloriosa de tu frente aún no ha
huido...
¡Luchaste con los años, y cual siempre, has
vencido!

OLIVIERO

Suspirando.

Pasó el tiempo...

RENATO

¡La encina no le teme a la helada...!
Al ver tu tersa frente y mi frente arrugada,

no dirán que tenemos la misma edad... ¡Las
penas
y los años, no abrieron brechas en tus almenas...!

Pequeña pausa.

¡Debes venir cansado de tan luengas jornadas...!
¡Son largas las veredas y están mal
custodiadas...!
Se habla de robos: una banda de malandrines...
¿No has tenido tropiezos...?

OLIVIERO

Por poco, en los confines
de la montaña, donde empieza el valle, dejo
en manos de esos pícaros, la bolsa y el pellejo!
¡Me ha salvado la espada de mi paje Fernando!

Los tres se agrupan junto
al fuego. Sólo Fernando per-
manece a respetuosa distan-
cia, clavando, de cuando en
cuando, sus ojos en los de Yo-

landa, que lo miran con cu-
rioso interés.

RENATO

Mas ¿cómo ha sido...? Cuenta...

OLIVIERO

Venía cabalgando
con mi paje y dos siervos, cuando de la floresta
brotó agudo silbato; levantamos la testa,
y apareció, al borde del camino emboscada,
de unos diez salteadores armados, la mesnada.
Su capitán, poniéndose de nosotros delante,
nos ordenó: —¡Seguidme!— con un gesto
arrogante.

Mas Fernando, a su lado se encaminó con tino:
—¡Quizá te seguiremos, mas enseña el camino!—
contestó, y de un mandoble le hizo rodar por
tierra...

Los gritos de los otros atronaron la sierra;
y nos acometieron, aún más que por vengar
la muerte de su jefe, esperando alcanzar

el botín. Eran nueve, valerosos y armados,
y nosotros tan sólo cuatro, y extraviados
entre los laberintos de un áspero paraje...

Entonces, a mi lado, acercóse mi paje,
y cual si misteriosas órdenes recibiera,
volvió al momento grupas, y emprendió la
carrera

al monte, a rienda suelta. Y tras él cabalgaron
cinco de los bandidos... Y solos nos dejaron
con los cuatro, privándonos de luchar con

más gloria,
más haciendo más fácil y pronta la victoria...!

YOLANDA

Impresionada, contemplando
al paje.

¿Le persiguieron cinco...?

OLIVIERO

A mitad de la vía

recorrida, volvióse, y al que cerca tenía,
sonriendo con una sonrisa desdeñosa,
le atravesó de un golpe, con su espada gloriosa!
Y solo, alzado sobre la grupa del corcel,
era un centauro antiguo... En vano sobre él
descargaban sus golpes los cuatro... Agil y fiero,
a todos contenía con su tajante acero,
seguro en el ataque y firme en la parada...
Ya, por la empuñadura rompiósele la espada,
cuando, puestos en fuga los que nos
combatieron,
llegamos en su auxilio, y los otros huyeron
cual corzos perseguidos por hambrienta jauría,
a internarse en el dédalo de la selva sombría,
dejándonos tres hombres muertos sobre el
terreno...

YOLANDA

Con profunda emoción.

¿Os hirieron?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1909, 4888 MONTERREY, MEXICO